

DISCURSO DE CONTESTACION
D E L
Ilmo. Sr. D. MANUEL MUÑOZ BARBERAN



Ilustrísimos Señores,
Señoras y Señores:

Por encargo, honroso para mí, de los Ilmos. Sres. Director y académicos de la de Alfonso Décimo, en nombre de todos ellos, me levanto hoy a decir unas palabras de bienvenida al nuevo numerario don Francisco Calvo García-Tornel, cuyo discurso acabamos de escuchar.

Confesaré que recibí este encargo con gran alegría, con satisfacción plena, lamentando, no obstante, que no pudiera ser nuestro desaparecido, grande y admirado amigo Francisco Alemán Sainz quien las dijera. El tenía palabras hermosas para este caso. El sabía decir, y sabía hacer que unas breves frases se convirtieran en el mejor abrazo de saludo. El hubiera convertido este solemne abrir las puertas de una Academia en amigable y apacible salir al dintel acogiendo con una frase justa al amigo que llega. Dios le permita disimular, con aquella su amplitud de comprensión, que yo conocía bien, los modestos remedos que haré no de su fácil decir, de su galanura recordada siempre, sino de su actuación en este momento. Que él y Alberto Colao, otra pérdida irremediable de esta Academia en estos últimos meses, sonrían juntos, bondadosamente, ante la sustitución forzosa.

Diré también que si otro académico hubiera sido nombrado, designado para este menester de cortesía, yo habría quedado gustosamente



en mi asiento a la escucha atenta de sus palabras, pero un tanto, sí, contrariado por tan justa designación. No sólo porque haya en mí un constante afán por hacer lo que no sé, que lo hay. Sí porque —recordando una frase frecuente de Francisco Alemán— creo que nuestros empeños han de centrarse en nuestra región, en nuestra ciudad y, esencial y principalmente, en nuestra calle. Y es esa pequeña y última parcela querida la que nos une a Francisco Calvo y a mí: nuestra común calle. Los dos nacimos, o al menos crecimos, en la misma y en casas contiguas. Pertenecemos a dos familias unidas, desde años lejanos, por la amistad y la vecindad, tan próxima.

Y como gran parte de mi corto bagaje de conocimientos está cogido al vuelo en las aulas un tanto peripatéticas, fugaces, que los buenos amigos montan a vuelta de esquina o entre sorbo y sorbo de café, recordaré consejos de Antonio de Hoyos y diré que en estas ocasiones, un tanto alejadas de la intimidad, hay que traer el recuerdo de las mujeres. Hay que aludir a las mujeres, que están siempre junto a cualquier personalidad, destacada o no, y que son apoyo y empuje de sus lanzamientos y avances en cualquier sentido. Yo tengo memoria indeclinable y fiel de las mujeres que, antes de que naciera Francisco, estaban *allí* mostrándome los medios infalibles para vencer el miedo infantil a un perro o a un fantasma; la manera de dibujar una casa de campo con su verjita y su pararrayos, con su borreguito y su árbol. No porque Lola y Anita García-Tornel fueran mucho mayores que yo, sino porque tenían los pocos años más que decidían que ellas fueran unas muchachitas ya colegialas y yo aún no.

Estas dos jovencitas de entonces resultaban a mis ojos las más guapas, las más inteligentes, las más amigas de toda la calle de la Cava. Su casa era un motivo de admiración constante para un niño que penetraba con frecuencia en aquel mundo casi insólito de pulcritudes y sorpresas inesperadas. Me asombraba en las miradas fugaces desde el zaguán al llamado «cuarto bajo» en el que la media luz era conseguida por el tamiz de unas altas cortinas de encajes continuados, enmarcadas por la oscuridad dorada y opaca de unos cortinones recogidos por gruesa cordonería rematada en pesadas borlas. Y todo lo encerrado en aquel cuartito me parecía intocable y atractivo a un mismo tiempo, con los retratos ovalados, los grabados antiguos, quizá de las cuatro estaciones del año, con el gran espejo y los sillones historiados de tallas y tapicerías de suaves flores. Y me parecía imposible el rojo vivo del ladrillado de las empinadas escaleras, con un suave, acariciante, olor a petróleo y cera. Apacible y sereno el salón dormitorio de la anciana doña Remedios que me mostraba orgullosa la pequeña imagen del Sagrado Corazón que le había «caído» en la rifa anual de la solemne novena en Santiago, obra maestra, la figurita,



de los maestros industrializados de Olot. Y era preciso para mí el rato de juego en la alta azotea desde la que se podía alcanzar el perfil complicado de la ciudad, torres y cúpulas multiplicadas, tejados ondulantes, torretas y palomares, veletas de ángeles y demonios, de sierpes temibles y retorcidas, conjunto alucinante contra el que aplastaba el sol inclemente de Lorca sus destellos.

Era —es por fortuna— la casa afiligranada, pulcra, que levantara un lejano militar llamado Carramata, apellido ya distante de nuestro nuevo académico.

Años después, bastantes años después, Francisco Calvo, niño también dentro de un mismo escenario sorprendente, subiría por aquellos escalones espejeantes y llegaría diariamente a la misma azotea para contemplar idéntico paisaje aún no perjudicado allí por edificaciones anodinas. El, con ojos anticipados en la medición y diseño de tierras, miraría con precisión acaso ya matemática, lo que yo había visto como esforzado y casi fracasado captador de luces y planos cambiantes y multiformes. La misma ciudad. La misma muralla haciendo patio a las casas. Un mismo sol sin piedad sobre las piedras casi oro, apenas tocadas del verdor tímido que deja una reciente lluvia. También seguiría, la vista fija y como encantada, la mano de su madre, Lola, dibujando una sorprendente casita campesina en la que él tomaría la cerca, el camino, la montaña, todo lo que era primitiva e ingenua geografía.

El nuevo académico, nuestro amigo, mi vecino Francisco Calvo García-Tornel, ya saben ustedes que es un geógrafo. La ya casi vieja Academia de Alfonso Décimo el Sabio precisa de esta sangre joven y elige entre los jóvenes a los sostenedores de su futuro prestigio. Es catedrático de algo que lleva un nombre tan hermoso como «Geografía Humana». Director de ese Departamento en la Facultad de Letras murciana. Desde 1981 es catedrático de esa disciplina en nuestra Universidad. Ha cultivado su especialidad en importantes cursos desarrollados en Francia y en ciudades como Hamburgo, Caracas, Leningrado, Londres y Tunicia. Es miembro de la Unión Geográfica Internacional. Corresponsal de la Universidad de Toronto. Miembro de número de la Real Sociedad Geográfica Española y de la Asociación de Geógrafos Españoles.

Trabaja actualmente en diversos proyectos ambiciosos: «Transformaciones en el secano de la región murciana»; «La agricultura colonial en Venezuela»; «Exodo rural y crecimiento urbano», en colaboración con varias instituciones y personas. «Bases epistemológicas de la Geografía Agraria»; «Estructura de la propiedad y paisaje agrario en el Valle del Guadalentín», etc.



Ha publicado: «La huerta de Murcia en los siglos XII y XIII» (en colaboración); «División comarcal de la provincia de Murcia» (en colaboración); «La huerta de Murcia y las inundaciones del Guadalentín»; «La agricultura lorquina a fines del siglo XVIII», y un etcétera largo para los demás trabajos, en preparación y publicados, cuya enumeración conocen sobradamente los interesados en estas disciplinas y que desafiaría, sin duda, aquella «cólera del español sentado» a que graciosamente aludía Lope de Vega en su «Arte de hacer comedias». Esa enumeración cumplida ocupa lugar amplio en el reciente libro «Quién es quién en la investigación murciana», de todos conocido.

El claro nombre de Murcia, los nombres de muchas de sus comarcas y ciudades campean en las cabeceras de la mayoría de sus trabajos, como en mis cuadros están repetidas veces esas ciudades murcianas y esos paisajes nuestros. También nos une a Francisco Calvo y a mí la condición de servidores, en nuestro esfuerzo, de una región profundamente amada.

Querido Francisco Calvo, vuelvo —los años me van empujando a volver repetidamente sobre el recuerdo— a repetirte esa evocación de la mano que abrió posibilidades a tu primera cartografía, la misma que levantó otras posibilidades de boceto artístico en aquellas sencillas divisiones entre los ocre y los azules en un papel de libreta escolar. Vuelvo al recuerdo de aquel común muro de antigua arquitectura bélica que cerraba, temerosamente, patios íntimos en que jugar y a los que ni siquiera la más vertical lanzada meridiana de nuestro sol se atrevía. Al recuerdo alegre de la calle que se engalanaba de papelillos y luces por Santiago; la misma donde se recogían los ecos de la «tercerica»; calle que fue para los dos corredera de caballos de caña en las fiestas de la Santa Cruz. Mis lejanísimos y casi nulos conocimientos geográficos me obligan a recibirte acudiendo a los recuerdos que sí son muchos ya en mi memoria. Esta Academia de Alfonso Décimo el Sabio, que antes acogió a Ubeda Romero, a Espín Rael y, más recientemente, al universal Yepes, me designa para decirte estas palabras de buen acogimiento. Con el abrazo de todos, el mío más emocionado.

